

Emilio Herrera Muñoz

Abuela

Omnipresente en nuestro hogar. De carácter fuerte, preferencias y menosprecios marcados, compitiendo con Elvira –Vira, como ella le decía- por el aprecio y cariño de Emilio.

Emilio Herrera Muñoz

Abuela

Omnipresente en nuestro hogar. De carácter fuerte, preferencias y menosprecios marcados, compitiendo con Elvira –Vira, como ella le decía- por el aprecio y cariño de Emilio.

Redacción

La Abuela Emilia

Omnipresente en nuestro hogar. De carácter fuerte, preferencias y menosprecios marcados, compitiendo con Elvira –Vira, como ella le decía- por el aprecio y cariño de Emilio.

Desde que yo recuerdo, la abuela Emilia estuvo en casa, viviendo entre nosotros.

Hermana de Severiano el papá de Emilio, llegó a La Laguna procedente de La Jaula de Arriba, municipio de Pinos, Zacatecas. La familia completa emigró a esta tierra en los primeros años de 1900, atraída por la promesa del crecimiento económico propiciado por el "oro blanco" (el algodón) y la fertilidad aportada por las avenidas del Río Nazas. Se establecieron en la Hacienda California, cercana a la población de Sacramento, municipio de Gómez Palacio, Durango.

Llegó acompañada de Dolores Escobedo de Herrera, su madre (Nacida en 1892.) y de sus hermanos Severiano (Nacido en 1886.) y Juan José María Herrera. Su padre es para mí una incógnita, no sé si llegó con ellos, se quedó en la Jaula de Arriba o falleció; el caso es que nunca su nombre o su persona rondaron por nuestra casa. Considero que falleció o desapareció allá en Zacatecas, antes de la migración a la Laguna.

Juan emigró a Estados Unidos y Severiano se quedó trabajando como jornalero agrícola en la Hacienda de California. Cercana a ésta se ubica la Hacienda de Arcinas, que era administrada por Don Manuel Hoyos, quien puso sus ojos en Emilia y finalmente se casó con ella.

En la Hacienda de California se encontraron con otra familia zacatecana formada por el segundo matrimonio de María Francisca Almeda Vega y Zeferino Muñoz Moreno, quienes tenían dos hijos: Consuelo (1900 - 1918) y Cosme (1906 - 1983) Muñoz Alameda.

Tanto María Francisca, abuela de Emilio, como Emilia - su tía - eran mujeres de personalidad fuerte y difícil; Emilia, a pesar de ser 6 años más chica que Severiano sostenía cierta influencia sobre él, de ahí que el nombre de su primer hijo resultó en el masculino del nombre de ella: Emilio. Lo que evitó que se llamara Severiano, José María o Zeferino, nombres que desde esta perspectiva no hubiesen armonizado con su personalidad.

Los padres de Emilio, Severiano Herrera Escobedo y María Consuelo Muñoz Almeda, se casaron cuando ella contaba con quince años de edad y él con treinta. Consuelo tenía 16 años cuando dio a Luz a Emilio y falleció a los 18; estaba esperando una niña pero la influenza española acabó con las dos.

El mismo año en que falleció Consuelo, murió su padre: Zeferino Muñoz, de ahí que la relación con la familia Muñoz Almeda se desvaneciese y sus miembros dejaran de estar presentes para Emilio.

El carácter de la abuela María Francisca era tan fuerte, que su primer esposo Margarito Sánchez (Con quien se había casado en 1884, a los 14 años de edad.) la denunció por violencia debido a los golpes que le propinó durante un conflicto matrimonial. Fue incluso a parar a la cárcel, de donde salió con apoyo del juez que llevó el caso: Zeferino Muñoz Moreno y con quien se casaría en 1899; matrimonio del cual es hija María Consuelo, la madre de

Emilio.

Zeferino era tenedor de libros y esta actividad profesional lo hizo llegar a la Hacienda de California. Una de las hermanas de Zeferino: María Trinidad Muñoz Moreno fue directora de la escuela en Sacramento Durango, lo que motivo que María Consuelo también se iniciara en esta profesión.

El pasado de los Herrera Muñoz fue para nosotros un profundo silencio, seguramente alentado por la abuela Emilia. Zacatecas, convergencia u origen de esta familia, nunca fue un punto de referencia familiar y La Jaula de Arriba nunca existió para nosotros.

En 2009 mi hermano Miguel Ángel y yo fuimos a la Jaula de Arriba: un caserío en medio de árido campo, rebaños de chivas alimentándose de los rastrojos en los campos de frijol o maíz, tierras de temporal, casas, tierras y personas que se quedan suspendidas en el tiempo... cubiertas por la nube de polvo que surge del camino terroso que lleva a ese sitio.

El espacio cercano es delimitado por un horizonte que se va perfilando por nopaleras y cerros pelones.

Dejaron los Herrera Escobedo esta tierra a principios del siglo XX, muy probablemente entre 1900 y 1910; supongo que para entonces José María Herrera ya había muerto y se convirtió en un eterno desaparecido, nunca fue un fantasma que rondara por nuestra casa, ni un recuerdo al que se recurriera.

Juan, Severiano, Emilia y su madre Dolores Escobedo Viuda de Herrera, llegaron a la Hacienda California de Sacramento* , tierra algodонера bañada por las aguas del Río Nazas.

** Municipio de Gómez Palacio, Durango.*

Ahí Severiano trabajó como jornalero agrícola, Juan emigró para California en los Estados Unidos. Emilia encontró en Don Manuel Hoyos, español, su compañero. Don Manuel administraba la Hacienda de Arcinas y Emilia fue a vivir con él.

Emilia pasó a ser un personaje en ese lugar y a gozar de los privilegios de ser la esposa de quien como propietario administraba esas tierras, privilegios que de alguna manera se extendían a su familia.

Emilio nació en 1916 y quedó huérfano en 1918. Al morir María Consuelo, Severiano decidió migrar a los Estados Unidos, dejando a su hijo al cuidado de Emilia.

En un principio vivió en California con su hermano Juan, quedando avecindado definitivamente en El Paso, Texas; hasta que ya grande, decidió regresar a México, a vivir a Francisco I. Madero (Chávez), Coahuila. Ahí laboró en la fabrica de jabón y aceites OSO.

Emilia se hizo cargo de Emilio como si fuese su hijo, así que poco a poco la familia de su madre se fue desvaneciendo hasta esfumarse para nosotros. Ni siquiera Francisca, su abuela*, existió. Tampoco estuvo presente en nuestra familia Cosme Muñoz Almeida, hijo de ella y tío de Emilio, que vivió en la misma ciudad de Gómez Palacio Durango hasta 1983, ni los hijos de éste y María de los Ángeles Borrego, primos de Emilio: María Abigail Muñoz Borrego** y Miguel Ángel Muñoz Borrego*** . Así pues, en esta generación el apellido Muñoz desaparecerá.

** Quien viviera hasta 1957 en la ciudad de Gómez Palacio, Durango; ciudad colindante con Torreón.*

***Nacida en 1931. Aún vive y tiene familia de su matrimonio con Amador Ortiz Zepeda (4 hijas Muñoz Ortiz casadas y con hijos).*

****Nacido en 1943. De él se sabe que ha permanecido soltero y vive en Saltillo Coahuila.*

Cuando Emilio cumplió los 6 años en 1922, Emilia y Don Manuel, junto con Dolores Herrera viuda de Escobedo, se lo llevaron a vivir a la Ciudad de Torreón para que pudiese estudiar. Vivieron en la Calle Allende, muy cerca del mercado de abastos "Alianza".

**La madre de Emilia.*

Don Manuel salía todas las semanas a dar seguimiento a su negocio agrícola en las diferentes propiedades que administraba y por ello llegaba a Torreón sólo los fines de semana. Emilia llevaba la casa de acuerdo a su forma de ser, lo cual acentuó su carácter autoritario con iniciativa y actitudes de una clase social "acomodada".

Por otro lado, al no tener descendencia, vio por Emilio como su propio hijo, del que siempre estuvo orgullosa. Así mismo, recibió en su casa por largo tiempo a los hijos de su hermano Severiano, quien vivía en Ciudad Juárez con su segunda esposa, Francisca "Chita". María Teresa (Tere) María de la Cruz (La Crucy) y Miguel. Tere murió de Tifoidea a los 16 años de edad en 1944, circunstancia que dificultó bastante su relación con su cuñada, madre de la niña. Una hija putativa más para Emilia fue Josefina (Pepa), quien fungía como personal de servicio en la casa.

A la muerte de Don Manuel, ya sola (Dolores su madre había muerto y sus sobrinos habían vuelto a Ciudad Juárez para seguir con sus vidas), Emilio y Elvira la recibieron en su casa.

A quien fallaron los negocios en su última etapa de vida-

La abuela Emilia vivió con nosotros todos los días de mi infancia, juventud y primeros años de casado. Hubo algunos espacios de tiempo en que vivió en otros lugares: en la Ciudad de México con Pepa y en Torreón con sus amigas. Al final, en nuestra casa terminó su vida a los 102 años.

Fue un gran apoyo para Emilio y Elvira, permitió que mientras sus hijos fuimos chicos ambos pudiesen trabajar. Se esmeraba por tratarnos bien, por cuidarnos y educarnos y se hacía cargo de la disciplina de la casa. Eso sí, tenía preferencias muy marcadas por algunos (entre los que no me incluyo yo), sin que eso haya significado ningún tipo de agresión, simplemente actitudes que en la sensibilidad de un niño se quedan marcadas.

Por otro lado, dada su fortaleza física y carácter, mantuvo una competencia cerrada con Elvira, primero por el cariño de Emilio y luego por el de algunos de nosotros; circunstancia que requirió de la prudencia y control de ambas para haber llegado a un buen fin. El caso que más tengo presente fueron las divergencias ostensibles entre ellas por la forma de llevar la disciplina en el caso de José Luís mi hermano, de quien ella se volvió una acérrima protectora.

Las ocasiones en que vivió fuera de casa seguramente fueron ocasionadas por los conflictos surgidos de esta competencia.

Su cuarto estaba lleno de recuerdos que atesoraba y por alguna razón no compartía; para mí siempre fueron un misterio. Pudieron ser el respeto o la poca curiosidad de mi parte lo que me llevó a no perpetrarlos; ni en búsquedas a escondidas ni en diálogos inquisitorios. Así, los retratos, las cajas celosamente guardadas y las idas anuales al panteón en día de muertos (que la Abuela se encargaba de organizar) no significan nada particular para mí que no sean los hechos tal cual: La caña de azúcar que había que pelar con los dientes para disfrutar su dulce y refrescante sabor dejando las manos pegajosas de miel; las flores amarillas del cempasúchil y las rojas de la llamada garra de león; el polvo del camino, sudando del calor agobiante que se dejaba sentir más por las largas filas de carros antes de llegar al cementerio y la gente, mucha gente, en desfile ceremonioso y al mismo tiempo de jolgorio.

Barrer las lozas de los sepulcros, ir por el agua en tinas para quitar la tierra pegada en las lapidas, llenar los floreros de agua y acomodar las flores en ellos, buscar a un rotulista para remarcar el nombre de *Don Manuel, Dolores, Tere y Severiano*. Una breve oración y el camino de regreso. Aquí no estaban ni José María Herrera ni Concepción Muñoz.

Tenía su lenguaje muy peculiar, conformado por palabras como "pelagatos", "pelusientos"...

Estos son aquellos estribillos infantiles que la oí repetir a mis hermanos, sobrinos y nietos:

*Nadaban, nadaban,
los patos en "lagua"*

*Nadaban, nadaban y
no se mojaban.*

O aquél que versaba:

*Tengo manita y
no tengo manita...
Y la que tengo
la tengo desconchabadita.*

La abuela fue una mujer de gran energía, vivió casi 102 años y en los últimos pretendió ser autosuficiente; al final las fuerzas no se lo permitieron... pero lo intentó. En los noventa años estaba dispuesta a ir a todos lados, participaba en todas las reuniones y no se hacía menos.

Salir a que "le diera el aire en los ojos" era su mayor exigencia y hasta que sus amigas, "las muchachas" estuvieron presentes, ella disfrutaba salir a visitarlas. Esa costumbre perdida de ir de visita con alguien cercano sin avisar, sólo porque "pasaba por aquí" o porque se me ocurrió.

Disfrutaba, enormemente la comida, nunca se limitó y gustaba de prepararse ella sola sus alimentos.

Energética, altiva, con carácter y preferencias marcadas, ligeramente intransigente, pero "apoyadora" y siempre orgullosa de Emilio, eso es lo que la caracterizó. En casa... siempre presente, se fue despacito, en silencio.

Para Emilio el nombre de la Abuela siempre fue: Tía. Seguramente el espacio de Madre quedó vacío en él.

Emilio Herrera Muñoz

Abuela

Omnipresente en nuestro hogar. De carácter fuerte, preferencias y menoscprecios marcados, compitiendo con Elvira –Vira, como ella le decía- por el aprecio y cariño de Emilio.

Extractos

Reina y madre

Para Emilia H. de Hoyos, mi madre espiritual.

*La reina de mi tribu es tan sencilla,
tan llena de bondad afable,
que parece irradiar el envidiable
milagro de ser siempre una chiquilla.*

*Es moreno el color de su mejilla,
igual que el de la virgen venerable
patrona de mi patria, este inmutable
lar del prodigio y de la maravilla.*

*Perfumado clavel –su gran amigo-
los ¡Buenos días! le da en la madrugada,
y su frente la infancia de su tribu*

*deja luego de besos coronada.
¡Qué feliz eres madre, si contigo
nuestra alma frente a Dios se queda hincada!*

Sin título

*Ella se decía mi tía
y era mi madre de verdad,
buena como luz de día
que acaba con la ansiedad*

Mirajes

7 de noviembre de 1993

Lunes

La misa había terminado. Llevaba yo entre las manos, en aquella vasija convertida en urna, las cenizas de quien ir ciento un años y dos meses había sido Emilia Herrera Escobedo, casada en su momento con Manuel Hoyos Gutiérrez, de quien con el tiempo se convertiría en viuda. Era mi tía, hermana de mi padre, y al depositarla en la gaveta correspondiente del columbario de la iglesia de San José, donde están reunidos todos los nuestros a partir de mamá Lola, terminaría entre mi tía y yo la larga costumbre cultivada con esmero de vernos a diario.

Seguramente cuando yo tendría cinco años fue que la vi, lo que es ver, por primera vez; no obstante que le fui entregado cuando yo tenía más o menos uno, por muerte de mi madre y desolación de mi padre. De antes no creo tener memoria, pero la mujer que yo vi, esta misma, llevo entre las manos y que murió dulcemente, pequeñita y frágil como uno de esos pajaritos de que nos habla Neruda, era entonces, en el sentido mexicano, no europeo, una mujer muy guapa: alta, fuerte, maciza, de gran prestancia, frondosa y bien plantada y con una elegancia natural que le hacía lucir bien lo que vistiera.

Aquella tarde que la vi se preparaba para ir a Lerdo a la fotografía Cháirez y resplandecía en aquel vestido de seda color beige y un sombrero del mismo color con grandes alas protectoras contra los rayos del sol de verano.

Primer Reposo

No obstante, no era una mujer vana. Era enérgica y valiente. Como esposa de español en tiempos revolucionarios, tuvo que demostrarlo más de una vez.

Vivía entonces en el 1224 de la avenida Allende, a donde en su momento me llevara mi padre que se iba a los Estados Unidos, para dejarme con mis tíos.

En la pared del frente de la casa había impactos de las balas villistas que viéndolos un día le pregunté de qué eran y al aclarármelo me contó que a más de un amigo y empleado de mi tío Manuel le habían dado refugio en la casa y que en varias ocasiones había tenido que enfrentar a militares que espían por aquellas calles abriendo una de las hojas de su puerta de dos, de gran cerradura, gran llave y tamaña aldaba por dentro para asegurar; se quedaba en el vano de la puerta y allí contestaba, imperturbable, todas las preguntas que le hacían, pero sin permitirles entrar. Si lo hubiesen hecho, agregaba, habrían encontrado a aquellos buenos amigos ocultos entre montones de sacos de maíz y frijol, que era otra cosa penada entonces, o en las azoteas.

La amistad fue una cosa sagrada para mis tíos. Mi tía Emilia no perdió una sola amiga en toda su vida y habiendo sido la última en partir, padeció la muerte de cada una de ellas. Me dio mucho gusto ver hoy a su ahijado Nicolás y a sus hermanas, lo mismo que a Carmen y a su esposo Roberto, condiscípula ella de mi media hermana Crucita y a quienes tanto quiso mi tía.

Segundo Reposo

Fue mi tía Emilia una persona muy alegre, aunque ahora que la llevo increíblemente entre las manos, recuerdo que jamás la oí cantar ni en voz alta ni baja. Recitar sí, cosas que trataba de enseñarles en su momento a mis hijos, luego a mis nietos. Provocaba siempre que podía la alegría de los demás. En los viejos tiempos la casa se llenaba por las noches con sus sobrinas políticas, las hijas de José, con la presencia de Quica, quien después sería segunda esposa de mi padre y con las amigas que ellas hacían entre las chicas de su edad del vecindario y con todas ellas mi tía organizaba juegos de prendas, tan en boga entonces.

Como mi tío fue agricultor, se pasaba lada la semana en el rancho, pero cuando regresaba los fines de semana a veces se traía a su hermano Vicente, alto él y con un cuerpo sin un gramo de grasa, a lo Gary Cooper y entonces se ponían en aquellos gruesos discos Columbia jotas para bailar o bien se cantaban canciones como La Praviána o aquello de "llegando al puente, me despedí" y ella disfrutaba mucho todo esto. Eran los tiempos en que se recibían y se pagaban visitas y ella, a quien el sonido de la voz humana le fascinaba y, además, era gran conversadora, dos o tres veces a la semana me llevaba a visitar a sus amigas y comadres.

Dos eran las grandes fiestas de la casa: el día de su santo que celebraba el 30 de mayo y la Noche Buena. En la primera recibía a sus amigas y hacían gran chorchá; en la segunda se pasaba el día haciendo la cena correspondiente y los tamales con que finalizaba siempre y que tenían su fama. Algunos amigos pasaban por casa la mañana de Navidad para disfrutarlos recalentados, entre ellos José Cueto, Arturo del Cueto, Constantino Rojo, Fausto Bedia, Manuel Solares, "El Charro" Fernández, Santos Llaca y algunos otros.

Tercer Reposo

Como hija fue inmejorable, muy cumplida: A Mamá Lola, su madre y mi abuela paterna, en los primeros tiempos de los automóviles le atropelló uno que guiaban manos inexpertas. (Ella

alguna vez quiso manejar el Ford de la casa y en complicidad con José, el chofer, fue a aprender dando vueltas a la Alameda, sitio lejano entonces, pero a la primera vuelta chocó contra un árbol y se retiró de tal intención para siempre) Como resultado de aquel atropellamiento de que fuera víctima se pasó mi abuela los últimos once años de su vida en la cama y mi tía, retirándose lo necesario de sus costumbres habituales, se dedicó a atender a su madre con tal dedicación que en aquellos once años mi abuela jamás tuvo una sola llaga en su cuerpo incapacitado.

Como esposa fue como se jura: la misma en la riqueza que en la pobreza; la misma en la salud que en la enfermedad.

Los días de gran bonanza se compartieron con los amigos; cuando aparecieron las vacas flacas los que no lo eran desaparecieron, como sucede siempre, lo que dejó más tiempo para disfrutar a los que de verdad lo eran. Quejas por tal cambio jamás oí en casa de mis tíos.

Como un mal nunca viene solo, a su tiempo llegó la enfermedad de mi tío, causada por el cigarro. Hubo que llevarlo al sanatorio y con él estuvo a diario hasta el último momento su esposa, mi tía Emilia. Por cierto que fue en uno de aquellos últimos días de la vida de mi tío que, habiéndonos amado siempre más con los ojos que con la voz y tratado de tío y sobrino, cuando en un arranque incontrolable de despedida él me dijo *hijo* y yo le dije *padre*, como lo fue, de la misma manera que mi tía fue mi madre.

Cuarto Reposo

Mi tía fue siempre muy independiente. En su casa ella hizo y deshizo siempre. De tal independencia era muy celosa, y ya viuda y yo casado, la defendió por muchos años viviendo aparte y moviéndose con absoluta libertad.

Sólo cuando se convenció de que ya no podía ser cedió y se vino a vivir con Elvira y conmigo. Tuvo una salud de hierro, jamás la recuerdo enferma. No tenía más medicinas que las caseras y cuando, por su edad, tenía que aceptar alguna ayuda para su diagnóstico o para su insomnio, de nadie la aceptaba que no fuera el doctor Tomás Iturriaga, que por años le visitara, como antes lo había hecho su tío Antonio, también médico. Murió del mal de los años que le fueron quitando primero casi la vista y casi el oído y en los últimos meses totalmente la memoria.

Su tránsito fue tranquilo, dulce. En domingo, buen día para llegar a la presencia del Señor. Como de costumbre en las últimas mañanas la llevé en brazos de su cama a su silla, para que Elvira la aseara y le diera luego, cuchara a cuchara, su desayuno. En eso estaba cuando, me dice Elvira, mi tía se la quedó mirando fijamente; ahora pienso que como despidiéndonos, yo creo que agradeciéndole los años que con tanto amor la cuidó, como ella había hecho por Mamá Lola, su madre y que Elvira no había podido hacer por la suya; luego tragó su última cucharada y un segundo después, suspirando hondo, expiró.

En el pasillo estaba Pepe, que había vuelto de sus cafés mañaneros, por si algo se ofrecía. En la siguiente recámara Elvirita, que había llegado el día anterior de Saltillo a pasarse su puente con nosotros y, siendo las nueve de la mañana, Lupita que había llegado a ver cómo estábamos.

Caminando hacia el columbario de la Iglesia de San José con las cenizas de mi tía Emilia, que fuera como mi madre, entre las manos, me pregunto cómo puede ser posible que en aquella pequeña urna quepa una vida que fuera tan rica en amores, en pasiones (icuidado con tocarle a uno de los suyos si no era para bien!), en actividad, en lealtades y en sencilla alegría de vivir.

Sin embargo, la vieja costumbre de vernos a diario había llegado a su fin. La verdad del viejo poeta del siglo XV volvía a demostrarse:

*“Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando”.*

Ni nació ni murió en ningunas fechas: desde que reconocí con mis ojos lo que veía, su rostro me fue familiar; un día emprendió un largo viaje; sé que volveré a encontrarme con él cuando yo acometa otro igual, entre tanto vive a diario . . . en mi memoria y en mi corazón.

Es ese tío, a veces sin nombre, a veces con Manuel, que desde que la columna "Mirajes" tomó su forma semanal (por muchos años salió pequeña pero diaria), de vez en cuando aparece en ella como padre de mi vida que no sólo fue, sigue siendo. "A la memoria de MANUEL HOYOS GUTIERREZ 1873-1947, dice la segunda edición de "Arenillas del Nazas", que han quedado en "Arenillas".

Nació en Panes, Oviedo, España; vino a La Laguna en la flor de su edad y se enamoró de esta tierra cuyos campos labró; murió en Torreón, que guarda sus restos; mi espíritu, algo del suyo".

(...)

Manuel Hoyos, como aquí fue conocido por todos (su esposa Emilia, hermana de mi padre, solía decir de él que en la calle hasta los perros le meneaban la cola para saludarlo), llegó de 13 años a La Laguna, terminados sus estudios de primaria, en 1886. Se encontraban ya sus hermanos José, que trabajó en la compañía Agrícola de Lequeitio y aparece en una foto que se ha hecho clásica entre las que se publican cuando se escribe de los primeros tiempos de la Laguna donde se ve a José y Dionisio. José se quedó en México para enterrar los restos de Dionisio, regresaría a Panes pocos años después de que Manuel llegara.

Como se ve de golpe y no hay que adivinarlo, Manuel hoyos apenas si tuvo tiempo de ser niño, y esto es no lo entienden muchos de los que en sus veinte de edad no han dejado de serlo.

Apenas llegar, pues, y ver tierra, Tierra, tierra; pero sin los verdes de su paisaje nativo y ya andaba dedicado a aprender del comercio de aquel entonces en las tiendas de esos rumbos que vendían de todo lo que en aquellos años era necesario para cubrir las escasas necesidades que el hombre de campo tenía, sobre todo a hacer las cuatro operaciones aritméticas con rapidez, es decir, de memoria, para lo que era bueno.

Pocos años después ya estaba trabajando por su cuenta en un tendajón que había parado en "El Perú" con ahorros hechos a base de no permitirse ningún gasto innecesario. La tienda era la única construcción en una muy grande extensión de terreno, pero hasta allá iban los campesinos de los ranchos vecinos y aún los enviados por las casas grandes de los ranchos cercanos y muchas veces les sorprendía la media noche atendiendo a sus parroquianos, alumbrándose con linternas de petróleo.

Como los demás que se dedicaban a ese comercio, vendía de todo: desde velas hasta sotol, que en ocasiones allí mismo comenzaban a tomar y no obstante eso y la soledad en que se encontraba, jamás fue objeto de atropellos de ninguna especie, acaso porque, a pesar de su juventud era persona de pocas palabras, respetuoso, enérgico y poco afecto a las bromas, quizás porque aunque aquella gente tenía poco dinero, si se compara con lo que después recibiría, aquél les daba para cubrir sus necesidades que eran pocas y que hoy no tienen límites, por eso no hay dinero que les alcance.

Tiempo después de establecido había negociado con los señores Torres para rayar en su tienda por cuenta de ellos y por cuyas cantidades recibía una carta de crédito que le liquidaban en su oficina central. A instancias del señor Torres, padre de Pedro Torres que años después fue gerente del Banco Mexicano Refaccionario, cerró el tendajón de "El Perú" y se estableció en un lugar mejor en el rancho Jiménez.

Es creencia general que el dinero se hacía entonces fácilmente pero se hacía como se ha hecho siempre: Trabajando mucho, vigilando más; "al ojo del amo engorda el caballo", se ha dicho quién sabe desde hace cuántos siglos y seguirá diciéndose por quién sabe cuántos más, con trabajo y ahorrando todo lo que se pueda poco a poco cuando el propósito es verdadero y se hace de voluntad.

Una tienda como la que nos ocupa comenzaba a despachar al salir el sol y estaba abierta hasta bien entrada la noche. Si se añade a lo anterior que una miscelánea como aquella era de verdad grande que, por ejemplo: los domingos se convertía en carnicería, a la que sus

clientes acudían a abastecerse de carne de todos los poblados vecinos y de acuerdo a la gente que la demandaba era la cantidad de animales que se sacrificaban, ello y su despacho a quienes la compraban, era una labor que dejaba exhaustos al terminar el día a los que de ella se ocupaban.

No se puede vivir en medio de los que se ocupan de una actividad atractiva sin que no la idealicemos y así a Manuel Hoyos, que durante todos aquellos años había vivido en medio de los agricultores que sembraban algodón, veía cómo muchos de ellos en un solo año hacían el dinero que él habría podido ganar en varios. Pensó que la agricultura era, al menos así la veía, descansada y dinerada. Desde entonces ya no podía dejar de pensar en aquella posibilidad y se decidió a correr el riesgo.

Vendió su tienda, echó mano del dinero ahorrado y se inició en la agricultura en la finca agrícola "Eureka". Luego vendrían simultáneamente "Arcinas", "Glorieta" y "Jiménez", que trabajó con la colaboración de su hermano Vicente, quien pudo venir, porque habiendo nacido el mismo año que Alfonso XIII, se exentó del servicio militar al llegar a la mayoría de edad y de José, que había dejado de trabajar para Lequeitio .

Vicente, por cierto, salvó su vida en un momento de peligro, gracias a su resistencia física y agilidad de piernas; pues estando en "Eureka" le tomaron preso en compañía de otros ocho o nueve empleados las fuerzas revolucionarias, pero al ir cruzando uno de los tajos, Vicente puso pies en polvorosa, saliendo así con vida de tan difícil trance.

Tuvo años buenos, en los que supo de la gran cantidad de amigos que da el dinero y tuvo buenos amigos que son como hermanos que se escogen, entre ellos uno especial: José Cueto. Como aquellos otros de que habla Machado: todo lo que ganó lo perdió.

Yo lo recuerdo tomándome de la mano de pequeño, para llevarme a aquellos circos Beas y Fernandi que visitaban nuestra ciudad año por año y a los toros a ver torear a Gaona, Silveti, los niños Bienvenida y etcétera.

Como tantos otros padres, y él lo fue para mí, su cariño era seco pero demostraba de mil maneras: de niño me llevaba a alguna de las cantinas que frecuentaba: la que estaba en la esquina de Juárez y Cepeda, contra esquina de lo que era el Banco de La Laguna, frente a la plaza. Me sentaba en la barra y pedía para mí un refresco mientras él se refrescaba tomando un "bull".

Él se preocupó porque no me faltara de niño un perro que con frecuencia me robaban, y no sé qué ha hacía para obtener un sustituto, pero, de niño jamás me faltó.

Cuando las fiestas patrias llegaban jamás me faltaban cohetes, que como todos los niños el 16 de septiembre a la puerta de la casa yo encendía y él me entregaba según se iba necesitando: otros niños corrían por la banqueta haciendo lo mismo que yo en la puerta. El fervor patrio nos crecía y, en un momento dado, salió el grito de "Arriba México" y "Mueran los gachupines". La mano no se detuvo, ni se retiró, siguió dándome los cohetes como si nada, dándome, al mismo tiempo, una lección de tolerancia que después fue afinando

Invitando a nuestra mesa, una vez a uno, ora a otro, a cuanto extranjero conocía, incluido al propietario de la tienda de abarrotes de la esquina de origen oriental. Aquello ocurrió cuando yo tenía nueve años de edad, por el año 25, cuando la celebración del grito era todavía noticia roja al día siguiente y las clases de historia patria en las escuelas era patriotería pura.

De todas maneras lo sucedido da una idea de lo que acontecía cuando mi padre, que por entonces vivía en California, me visitaba y a la mesa familiar me sentaban frente a ambos. Me enseñó a tratarlos de manera de no lastimar a ninguno de ellos, cosa difícil en aquella edad cuando el que llegaba lo hacía cargado de regalos para el hijo y trataba de dar, en una semana cada uno o dos años, el cariño que no tenía entonces a quién más dar y que incluía el amor que todavía guardaba para su esposa que había fallecido antes de que el hijo tuviera un año de edad.

Manuel Hoyos, por su parte, cuidó mucho de no ser su rival en mi afecto. Era, como tantos, un muro: me llamaba por mi nombre y yo por el de tío; entre sus amigos se refería a mí como "mi muchacho" y cuando salió la primera edición de "Arenillas", por semanas llevó un ejemplar en la bolsa de su saco para enseñarlo a sus amigos.

En sus mejores años de edad y de capital visitó a los suyos en su pueblo y aprovechó para recorrer España lentamente, disfrutar París y recorrer Europa. Cuando vino la revolución, como tantos otros de sus paisanos, abandonó temporalmente La Laguna; lo volvería a hacer cuando el alzamiento Escobarista, creyendo que sería como aquélla.

El último rancho que trabajó sería el de "Yermo". Nunca volvió a recuperar sus pérdidas. Disfrutó de sus buenos tiempos y aún hizo que fueran mejores para algunos de sus amigos que los tuvieron malos desde el principio. Jamás le oí una queja cuando la fortuna le volteó la cara a su esfuerzo.

Alcanzó a conocer a mi primer hijo. Unas horas antes de su muerte, nos fundimos en un abrazo y él me dijo hijo y yo le dije padre. No sé, en realidad, qué hubiera sido de mí si este español no hubiera aparecido en mi vida.

Fue un enamorado de La Laguna, uno de Los Nuestros.

Sin título

*Eureka Arcinas y Lucero
Media luna y Esmeralda
con la hacienda de Graceros
vieron tu frente y tu espalda:
tu frente era sudor,
tu espalda que era gallarda,
una obedecía al Señor,
otra a tu escuela bayarda.*

*¡Manuel Hoyos, Manuel Hoyos,
tu corazón asturiano
-que mueve ideales godos-
conquistó a este mexicano!*

*¡Circulación de la jarras,
y las botellas de sidra,
y los bolos en las boleras
que al golpe se hacen astillas!*

*¡Entre los troncos esbeltos
y la humeada penumbra,
va mi corazón rodando
derechito a tu tumba!*

¡Abuela!

Dolores Escobedo viuda de Herrera

7 de Mayo de 1946

Aquella abuela fue, quizás, como todas las abuelas. Pero fue, también, la mejor abuela del mundo.

Al nieto, cuando pequeño, preparábale sus mejores bocadillos, y enseñábale las oraciones más eficaces para combatir al demonio.

Guiábale de la mano, tarde a tarde, por el camino hacia la iglesia –siempre quiso lo mejor para el nieto-; pero, cuando él quiso seguir otros caminos, abrió su mano tolerante y dulce.

Aquella abuela fue, quizás, como todas las abuelas. Pero fue, también, la mejor abuela del mundo.

Abuela cuéntame un cuento. Y, contaba, contaba de los milagros de su devoción, de los

tormentos de las almas en pena. Y, para edificación del pequeño, agregaba a cada leyenda la moraleja apropiada.

A las veces contaba de "aparecidos" y de "relaciones", consejas en que tan pródigas son las tierras (Zacatecas y San Luís Potosí) en que pasara su infancia. El miedo se apoderaba entonces del mocoso y tenía que llevarlo ella a "caballo" a su lecho y encomendarlo a San Luís Gonzaga, velaba su sueño.

Aquella abuela fue, quizás, como todas las abuelas. Pero fue, también, la mejor abuela del mundo.

Trece largos años esperó en su cama la piedad de la muerte; y siempre, a través de los millones de segundos que hacen trece años, la fe en su Dios la hizo soportar con paciencia de Job la prueba a que su Dios la sometía.

El proceso de su aniquilamiento físico fue lento. Pero jamás la desesperación hizo presa en su espíritu, jamás la rebeldía tuvo cabida en su alma.

Y, aún cantó, mientras pudo, alabanzas a su Dios.

Aquella abuela fue, quizás, como todas las abuelas. Pero fue, también, la mejor abuela del mundo.

¡Que su concepción de Dios sea justa, verdadera! ¡Descanse en paz!

Surcos

15 de noviembre de 1947

Padre: En esta tierra para ti querida, has hecho un surco más, grave y profundo, como si tu corazón intentara encontrarse con el corazón de la tierra misma. Fue tu último surco y lo has hecho con tu cuerpo. Tus manos no podían más.

Durante cuarenta años padre, hiciste surcos en la tierra lagunera, doncella entonces. De verde Asturias traías sueños que en cada surco nuevo depositabas.

Rectos fueron siempre tus surcos Padre, como tu vida, como tus hechos, como tu palabra de varón de astur.

Yo sé, Padre, que por los misteriosos senderos de la tierra tu corazón buscará sus viejos surcos que fueron oficiados cada uno con la noble pasión con que se toma la virginidad de la mujer amada.

Les ayudarás a calentar la semilla, y a ésta a elevarse hacia el sol, a ese sol que tanto amaste y besarle ansiosamente.

Has abierto, surcos, Padre, en nuestro corazón: en el de tu esposa, en el de tus hijos, que si no de la carne y de la sangre, lo fuimos del espíritu.

Has abierto surco Padre, en el corazón de tu nietecillo, porque lo deseaste siempre, porque te alegraste con él.

En estos surcos, Padre, tu ejemplo florecerá perennemente.

Tu cuerpo se ha cansado, Padre. Has Hecho un surco último, ancho, grave y profundo; pero tu espíritu seguirá por nuestras pupilas, por nuestros labios, por la yema de nuestros dedos, abriendo surcos nuevos y depositando en ellos ensueños de la vieja Asturias.

Descansa, Padre, ¡descansa en paz!

A mi padre

*A ti, que fuiste la humildad, la suave voz y la
caricia;*

*A ti, que amaste el verde de los campos,
el agua cristalina y las espinas;*

A ti, que amaste la tierra y el rosal;

*A ti, que comprendiste lo bravo del nopal
y la belleza primitiva del maguey;*

A ti, padre vengo a decirte hasta luego.

*Cuando penetre el misterio que ya habitas
quiero llevar la lección bien aprendida:*

que el prójimo es mi hermano

sin distingo de raza y de fortuna;

y que la diestra nos fue dada

no para el golpe sino para el estímulo,

como la voz....

y que el pecho es para ofrecérselo al amigo.

A ti, que fuiste la humildad,

la suave voz y la caricia;

A ti, padre, vengo a decirte hoy hasta luego.

A mi hermana

Ya tienes en tus manos todo un mundo;

refugio acogedor de tu invierno,

rosa hecha carne en dolor materno,

palma y martirio del amor fecundo.

Palpable mies del anhelar profundo,

fruto paradójal, maduro y tierno;

misterio insondable de lo eterno

que tornará tu espíritu jocundo.

Ya tienes tu hogar santificado

y al amparo de amor doble y seguro:

el de tu esposo ya multiplicado,

y el de tu nena, corazón tan puro,

que, de serlo, ante Dios ha conquistado

para sus padres gloria en el futuro.